

Al margen del Libro de Job*

Las bodas de mi hermana Estefanía se celebrarán el domingo, y hoy es viernes.

Después de la comida, Estefanía y yo nos reunimos en la sala. Fuera la lluvia y la noche tejen sus marañas de cristal y sombras, y mi egoísmo goza de la voluptuosidad de estar bajo un amigo, con los pies secos, y mi espíritu sabe que si proyecta sus antenas, sentirá muy cerca cariños muelles y tibios. Estoy sentado en un rincón fumando mi pipa y me olvido de mí mismo, contemplando el humo. Parece que en mi cabeza está plantada esta viña intangible, vaporosa, inquieta, que hace espirales con movimientos eurítmicos, ya indolentes, ya amorosos, y de cuyos sarmientos brotan pámpanas y racimos de formas desconocidas. Mis ensueños más vagos, más inefables, suben a lo largo de los tallos ondulantes, danzan en las volutas grises y se pierden en la penumbra.

Estefanía se ha sentado a coser junto a la lámpara de sombra bermeja y la luz cabrillea en sus cabellos claros. Pienso en los rayos de sol que brillan en el verano sobre las praderas. Bajo sus pestañas caídas se entrevén sus ojos en los que el amor ha derramado su licor de quietud y deseo. Y no se sabe si es de ellos o de su boca, en la cual la juventud pusiera todas sus complacencias, de donde brota esta sonrisa que viene a adormecerse bajo los cabellos que enmarcan el rostro.

—¿Qué haces, Estefanía?

—Termino el pañuelito...

Comprendo que es el pañuelito que ha de llevar en el día, de sus bodas.

* De las *Fantasías* de Juan Silvestre.

El pequeño cuadro blanco de trama sutil, con su cenefa de encaje, parece entre sus manos un pedacito de ilusión.

—Quiero tocarlo, Estefanía... Prestámelo.

Me mira con sus ojos muy abiertos y me lo da.

Es de lino y en torno suyo —como un seto florecido en torno de un jardín— hay un encaje en punto de nieve. Fue uno de los regalos que le traje de mi último viaje. Lo compré en Brujas, en un Beguinage, a una viejecita que trabajaba ante su almohadilla, mientras los bolillos cantaban su monótona canción de paz, y en el patio los álamos temblones hacían palpitar la quietud del recinto.

Lo pongo ante mis ojos y el ambiente adquiere a través de la tela un encanto que no me es dado explicar. La lámpara semeja una rosa nacarada que se derrite en la luz, y entonces yo dijo:

—¡Oh!, Estefanía, me parece mirar tu corazón...

—Siempre serás un chiquillo, Juan, siempre. —Y me acaricia la cabeza. Me ha hablado con el tono protector con que hablan las mujeres cuando sus bodas están en próximas.

Volvió a su labor.

Contemplándola pensé en su prometido. Quizá en ese momento venía en busca de ella, a través de la lluvia, sin poner atención en el barro que hollaba sus pies, ni en el agua que caía del cielo.

Es fatal que siga la órbita que le han trazado los dioses.

Estefanía ha dejado la costura en el regazo, la mano en el aire con la aguja enhebrada. Sus ojos miran como los de los alucinados... Tal vez teje encajes con el hilo de su fantasía en torno de su Anheló. Blonda y lino blanquean en su regazo y yo imagino que allí se termina un rayo de luna.

De pronto una angustia ya conocida se apodera de mí, y la habitación se puebla de visiones perturbadoras. Hay en torno mío como un murmullo de gorjeos, de lloros y de risas infantiles. Yo sé que son los hijos de Estefanía que están allí. Los seres que han salido de sus entrañas, los hijos de mi hermana y del hombre que en este instante viene bajo la lluvia y sobre el lodo, impulsado hacia ella por la vida que quiere seguir adelante. No los veo, pero aquí están en la sombra.

¿Cómo son? ¿Rubios? ¿Morenos? En sus facciones y en sus sentimientos resucitarán rasgos de quién sabe qué abuelos, partículas de cuyo polvo quizá anden en el barro que pisa este hombre misterioso que se unirá a Estefanía. Y serán llamados buenos o malos y serán dichosos o infelices y reirán o sollozarán y en sus bocas estará la mentira, la verdad, la blasfemia o la bendición. Y tal vez alguna de estas criaturas que aún no son será atormentada por el misterio de la Vida y de la Muerte con la intensidad con que me atormenta a mí... Y a veces se estremecerá al sentir que la locura muerde su pensamiento.

¿Serás fuente de salud y de virtud, hermana Estefanía, o acechará en tus entrañas la enfermedad y el crimen? ¡Oh, hermana mía!

Un gemido se escapa de mi pecho y tiendo las manos hacia ella. Pero no me oye, porque unos pasos que conoce muy bien, suenan en el zaguán. Su faz se ilumina y a sus labios y a sus ojos asoma el amor desnudo y tembloroso. Se levanta presurosa y el pañuelito que reposaba en su regazo cae olvidado entre sus pies que lo maltratan.

* * *

¡La tierra ha dado tantas vueltas desde aquella noche y yo he peregrinado tanto sobre ella!

El mayor de los hijos de mi hermana Estefanía cumplió ya los veinte años. Es por ese entonces que hago un alto en mi país y a los pocos días de mi llegada da a luz una niña. Los pobres están muy contentos porque es la primera mujer que nace de ellos.

Al penetrar en la habitación de la parturienta me conmuevo al contemplar la figurilla bien arrollada en sus pañales, prendida del seno materno como un fruto de la rama, y el ruido que produce al mamar con avidez, me hace sonreír. Un rayo de sol penetra por alguna parte, se quiebra en el bisel de un espejo y va a derramar sus iris en la almohada de la recién nacida. Es como un nimbo de alegría. De afuera llega el sonido de un cántaro que se llena, acompañado del de unas risas jóvenes. Un soplo de brisa empuja hacia

adentro por la ventana, un gajo de sauco; en el piso cae una lluvia de estrellitas blancas y hasta mí llega el perfume tibio de la flor.

Diego entra a cada rato en puntillas, mira a la niña emocionado y le besa las manitas con devoción.

Diego es el mayor de los hijos de Estefanía. Me gusta mucho este muchacho, me parece muy leal. Es muy silencioso y más bien huraño. Es poeta y ya ha hecho varios versos de amor ardiente y doloroso, sin haber amado a una mujer determinada. En la pared cerca de su almohada tiene escrito "Mon Reve Familier", y antes de dormirse murmura:

"Je fais souvent ce rêve étrange et pénétrant", etc.

Los otros hijos de Estefanía no me son simpáticos, aunque son limpios y traen buenas notas de la escuela. Hay uno muy grosero y otro servil y gavetudo como una cómoda de los tiempos viejos.

Aquí, ante la cama en que han nacido todos ellos, en la que yace ahora Estefanía —una Estefanía marchita, bien diferente de aquella linda y dulce criatura de antaño—, con ese pequeño y misterioso ser a su lado que me intriga y turba como un aparecido, recuerdo la noche en que ella esperaba a su prometido, mientras con una angustia infinita en mi interior, yo sentía la habitación poblarse de gorjeos y lloros y moverse en los rincones las sombras de las larvas que en este instante son una tangible realidad para mí.

Día llegaría también en que la escena presente se iluminara en mi memoria con una precisión que intensificaría el momento: estas risas jóvenes acompañando el agua como un chorro de música en un cántaro, el rayo de sol quiebra en el bisel de un espejo y viene a poner una aureola irisada en torno de la cabeza de la niña, y Diego inclinado sobre ella diciendo con voz profunda y aterciopelada:

—Te llamarás Guaria, hermanita. ¿Verdad, mamá, que su nombre será Guaria?

Porque Diego quiere que tenga el nombre de la flor que adorna las tapias y los troncos del valle nativo por el mes de marzo con una gracia melancólica que pone en los ojos que la miran bajo la pesadez de un cielo humado por las quemas, una caricia de mística alegría.

Si yo quisiera contar con los dedos de mis manos las veces que encontré a Guaria sobre la tierra, encontraría que me sobrarían dedos.

Después del día en que la vi recién nacida, la hallé en el regazo de su madre y por cierto que el fino gorrito de batista adornado con la punta de encaje muy delicado, me puso a recordar un blanco pañuelo de lino con encaje de punto veneciano, que una vez, hacía de ello muchos años, ocupaba ese mismo lugar. En otra ocasión estaba en los brazos de Diego en el jardín. Tenía los ojos muy abiertos, como ansiosos de luz.

—Mire —me dijo el hermano—, tiene los ojos del color que los tienen los terneros recién nacidos.

Me incliné sobre la carilla mofletuda y sin expresión y estremecido vi flotar el misterio, en el fondo de su mirada limpia.

Luego partí y durante mi ausencia, Estefanía quedó viuda. Regresé a los cuatro años, pero no vi a Guaria, la familia pasaba en esa época una temporada en el campo. Estuve con Diego y recuerdo que en esa ventana de su cuarto había un par de zapatitos negros maltratados que parecían una pareja de conejitos enfermos.

—Son de Guaria —me explicó Diego con su voz profunda en la que se puso a cantar la ternura.

¡Y mirándolos medité en tantas cosas!

En los breves pies en los cuales los pequeños redondos formaban como una fila de caracolutos nácar y rosa. ¿Por qué caminos llevaría a Guaria? Los vi saltar alegres y descuidados, agitarse lo mismo que las alas de los pájaros cantores, ir y venir rosados y ágiles y luego arrastrarse como pétalos marchitos o como las hojas secas en el otoño.

Partí de nuevo y transcurrieron y transcurrieron los tiempos. Volví a ver a los míos cuando Guaria tenía doce años. La encontré muy alta y me gustó mucho. Era morenucha y pálida. Aquellos sus ojos del color que los tienen los terneros recién nacidos, se habían

transformado en unos ojos grandes, serios y oscuros que de rato en rato titilaban como las estrellas. El cabello negro y animado le caía hasta los hombros y aquel marco sombrío y ondulado le daba cierta expresión salvaje a la fisonomía.

Vino a verme con su madre que ahora era una insignificante señora marchita, tímida y callada, que buscaba siempre los rincones para sentarse con los brazos cruzados como si tuviese mucho frío.

La niña estuvo formal un rato haciendo un inventario de mi persona y de la habitación, con su mirada seria, y luego se escabulló. Por la ventana podía seguir sus ir y venir por el viejo jardín descuidado de la antigua casa paterna. ¡El viejo jardín!, que tan grande, lleno de escondrijos y de cosas curiosas me parecía de niño y que ahora encontrara tan pequeño y regular a pesar del descuido en que se hallaba.

Cuando salimos al corredor la vimos acomodada en la rama más alta de un árbol de dama, que estaba florecido y que saturaba el ambiente con su perfume que tiene la propiedad de poner el espíritu dulcemente triste.

—Guaria, baja por Dios —gimió la madre.

—No, mamita, déjeme. Viera cómo me mece el viento. Tal vez parecido es volar.

Entró Diego. Ya era un hombre de treinta y más años. Me parece verlo como en aquel instante, con su cuerpo alto y fuerte ligeramente encorvado, y su rostro noble y triste en el que la sombra azulada de su barba tupida y bien afeitada, le daba una interesante expresión de virilidad. Se había tornado muy serio y su gesto era desalentado.

¡Pobre Diego! Era uno de los hombres que no ha podido hacer ninguna de la tres cosas del consejo oriental: tener un hijo, sembrar un árbol y escribir un libro. Y sin embargo, muy hondo, en el corazón de su yo, allí donde reside lo más sensible del ser, la llama del genio les martiriza la carne y el espíritu.

Yo le decía alguna vez en tono de broma: “¿Verdad que cuando mueras encontraremos en tu gaveta un diario parecido al de Amiel?”.

O bien: "Mira, mi querido Narciso, que estás enamorado de tu imagen y que te vas a ahogar en las ondas que te reflejan".

Y él sonreía tristemente y contestaba: "Ya estoy ahogado. ¿No lo ve?".

Sus hermanos lo veían con cierto desprecio y decían de él que era vagabundo.

Cuando entró Diego. Estefanía le dio las quejas:

—Mira a Guaria, hijo. Dile que baje.

—Déjela, señora, ¿qué importa eso? ¡Le quedan tantos años para ser seria y colocarse en los sitios reservados a las personas formales!

Tan luego como la niña vio a su hermano, bajó coronada de flores de dama. Vino a sentarse a su lado y apoyó la frente en el pecho de Diego con un gesto pleno de cariño y confianza. Él la acarició en la frente con tanta delicadeza como si tocara un vaso de cristal muy fino. Yo me sentí emocionado.

* * *

Nuestro planeta ha girado miles de veces sobre sí mismo y más de dos lustros alrededor del sol. En tanto, yo he rodado tierras y por fin he vuelto a la querencia, como dicen nuestros campesinos.

He encontrado que mi pobre Estefanía ya casi no ocupa espacio, tan encogida y seca se ha hecho.

¿Y sus hijos?

Diego salió hace dos años de su patria y no se ha vuelto a saber de él.

—Es como tú, Juan —dice mi hermana—. Parecen malditos, no conocen el sosiego.

Cuando Guaria habla de él, su voz desfallece y los ojos se llenan de agua.

—¡Mi hermanito!... ¡Si estuviera aquí!...

Guaria tiene ya sus veinte años y al verla murmuré un verso que leí no sé dónde: "La juventud tenía en ella el encanto del rocío sobre la flor recién abierta".

No sé por qué en esta criatura existía el poder de agitar en mí, intensamente, ciertas ideas que ponían mi corazón a palpar con inusitada violencia y mojaba de sudor mi frente, ideas sobre la vida y su misterio. Después que la miraba y dirigía los ojos en torno mío, todo me parecía de otro color, del color que tiene el ambiente en las pesadillas, mis parientes eran seres extraños y una inmensa piedad por ellos irradiaba de mi pecho.

Indudablemente era algo extraordinario.

Los otros hijos de mi hermana me son antipáticos y casi repulsivos.

¿Por qué?

Hay uno, sobre todo, con cara de arcángel, cuyos bigotitos rubios dijéranse forjados con los oros celestiales, quien siempre habla del honor y del buen nombre. Es abogado y el aire queda espeso tras él.

En esa manía de la honra. Le hace coro otro, un machetón que se vive entre perros y caballos, que se emborracha y que no sé de dónde ha sacado esos remilgos. Por todas partes ve injurias inferidas a su immaculada persona, que él venga, aplastando narices y dejando ojos marcados de negro. Yo le llamo el Licenciado Vidriera.

Hay un tercero que es un comerciante de mala fe, pero de mucho prestigio. Ha logrado casar con una rica heredera cuya familia tiene también la monomanía de la decencia. Claro que esto los hace vivir en una tremenda incomodidad, pero ellos se portan como si no lo echaran de ver.

Estefanía respeta y teme a sus hijos y les habla lo mismo que si se dirigiese al Santísimo Sacramento, y ellos la tratan como a una pobre criatura.

Guaria vive con esta orada sociedad como esas desventuradas flores que caen en las garras de algún botánico maniático, quien para conservarlas en toda su pristina apariencia, las manipulan con preparaciones químicas y las estrujan sin piedad.

—¡Si estuviera Diego aquí! —la oí exclamar en más de una ocasión. Yo comprendía que en estas cuatro palabras había encerrado

todo un anhelo de protección y de cariño, porque Guaria no tenía en su madre ni amparo, ni compañía.

He sido informado además que Guaria tiene un novio que no es del gusto de sus hermanos y cuñada, y con quien ella se ve a las escondidas.

* * *

He estado a visitar a mi hermana y a mi sobrina, y he encontrado a Guaria con los ojos enrojecidos e hinchados de llorar.

La madre suspira y se queja: —¡Sea por Dios, Señor!

Ha habido una escena a propósito de Guaria y de su novio. Los hermanos la han amenazado con echarla de la casa si continúa en su capricho y el mocetón aquel que parece de vidrio hasta ha hablado de matar.

Yo le ofrezco mi casa y mi protección, pero ¡oh, Dios!, los hombres somos opacos y ella no logró percibir la sinceridad de mi oferta, a pesar del calor que puse en mi voz.

Se ha quedado con sus ojos maltratados, de los cuales hace más de veinte años dijera su hermano Diego —mientras apretaba contra su pecho la frágil criaturilla— que recordaban los de los terneros recién nacidos. Entonces el dolor estaba muy hondo bajo ellos, pero ha logrado ir abriéndose paso a través de la carne y allí está ahora a flor de pupila, como un nenúfar abierto sobre aguas agitadas por el viento.

* * *

Ha acontecido una tragedia. Guaria desapareció una mañana de su casa. Dos días después sabemos algo que pone mi carne a temblar de dolor.

Guaria buscó asilo en una finca, propiedad de su madre, muy lejos de la ciudad. Allí dio a luz a un niño y lo mató con sus propias manos. ¡Sí, con sus propias manos!

Al saberse perseguida, huyó por la montaña. Al día siguiente la encontraron muerta en el fondo de un despeñadero. Dicen que las

aves del cielo comenzaban ya a hacer círculos en el aire brillante de esa mañana de noviembre, muy arriba, sobre el lugar de la catástrofe.

¡Oh! ¡Guaria, querida niña!

* * *

Vamos de noche, en un tren, a través de la oscuridad, hacia un punto de sangre.

Por las ventanillas pasan las masas de tinieblas. A veces, muy arriba, el escalofrío de una estrella.

En algún lugar, en espera nuestra, hay un cuerpo joven, destrozado. ¿Y en dónde estará el niño asesinado por unas manos jóvenes que yo quisiera besar rebosantes de amor los labios, a pesar de la maldición que flota en torno de ella? ¿Cómo sería el instante en que esas manos estrujaron el cuello del niño? ¿Cómo sería la sensación?

La locura se desenrosca en mi cabeza y me mira a través de su membrana nictitante. Mis extremidades son de hielo. Quiero pedir socorro. ¿A quién?

En un rincón del coche, Estefanía es un ser a punto de consumirse. Yo sé que aquel pequeño bulto es Estefanía. En el otro extremo los hermanos de Guaria forman un grupo que me exaspera. Hay uno que fuma. Cada vez que la brasa del cigarro se enciende, veo sus bigotes de oro y su rostro paradisíaco.

¡Es terrible!

* * *

Este bulto informe que yace en una cama, es Guaria. Sobre una mesa, a la cabecera, se consume una candela bendita. La llama danza, se encoje, se estira como si quisiera lamer los pies de un espectro, y la habitación se puebla de sombras temblorosas.

Ha quedado descubierta la parte superior de la cabeza y sobre la cabellera, revuelta y ensangrentada, pasa la luz, fatídicamente, y uno piensa en el resplandor de relámpagos lejanos, sobre una selva incendiada.

En un rincón, la madre envuelta en una manto negro ocupa un ángulo de la silla. Está inmóvil, dijérase que no respira.

El recuerdo de la noche en que Estefanía cosía en su pañuelito de bodas, aparece en mi memoria: el blanco lino y el encaje de punto de nieve y los dedos sonrosados y jóvenes, yendo y viniendo movidos por la ilusión.

Y el del día en que nació Guaria, también está aquí, con aquellas risas jóvenes y el chorro de agua cayendo en un cántaro y el nimbo irisado en torno de la cabeza de la recién nacida, que encendía el rayo de sol al quebrarse en el bisel de un espejo.

¡Oh, dioses! ¡Y muy lejos, quién sabe dónde, el buen hermano Diego que tanto amara a Guaria, ignora el destino de su querida chiquilla! ¿Habrá tenido algún aviso misterioso?

He perdido la noción del tiempo y del espacio. En alguna parte, no sé si es dentro o fuera de mí, la voz del *Job* bíblico dice llorosa, trágica y resignada: "Él multiplica las gentes y Él las pierde: Él esparce las gentes y las torna a recoger".

Domingo 22 de enero de 1922